

Agradecimientos

El autor expresa su agradecimiento al profesor H. F. Hoenigsberg, Instituto de Genética, Universidad de los Andes (Bogotá), por su traducción del texto italiano en castellano.

Bibliografía

- BARIGOZZI, C.: Ereditarietà semimendeliana in *Drosophila* e sua relazione colla ereditarietà episomica. Atti A. G. I. VII, 9, 1962.
- BARIGOZZI, C.: Relationship between Cytoplasm and Chromosomes in the Transmission of Melanotic Tumours in *Drosophila*. Biological Organization at cellular and super-cellular level, 73, 1963.
- CAMPBELL, A. M.: Episomes. Adv. Genetics, 11, 101.
- DARLINGTON, C. D.: Heredity, Development and Infection. Nature, 154, 164, 1944.
- DIPPEL, R. V.: Mutation of the killer cytoplasmic factor in *Paramecium aurelia*. Heredity, 4, 165, 1950.
- EPHRUSSI, B.: Nucleo-cytoplasmic Relations in micro-organisms. Clarendon Press, Oxford, 1953.
- GOLDSTEIN, L.: Contribution à l'étude de la sensibilité héréditaire au gaz carbonique chez la *Drosophila*. Mise en évidence d'une forme nouvelle du génoide. Bull. Biol. France Belg., 83: 177-188.
- JACOB, F., SCHAEFFER, P., and WOLLMAN, E. L.: Episomic Elements in Bacteria. In Microbial Genetics, University Press Cambridge, 1960.
- JAKOB, H.: Complémentation entre mutants et déficience respiratoire dans les zygotes et dans leur proche descendance. Genetics, 52, 75, 1965.
- JINKS, L. J.: Extrachromosomal Inheritance. Foundations of Modern Genetics Series, Prentice Hall, New-Jersey, 1964.
- L'HÉRITIER, PH.: The hereditary virus of *Drosophila*. Adv. Virus Res., 5, 195, 1958.
- MAGNI, G.: Il carattere sex-ratio in popolazioni naturali ed artificiali di *D. bifasciata*. Rend. Its. Lomb. Sc. Lettere, 93, 1959.
- MCCLINTOCK, B.: Intranuclear systems controlling gene action and mutation. Brookhaven Symp. Biology, 8, 58, 1956.
- ROPER, J. A.: Nuclei-Cytoplasmic Interactions in *Aspergillus nidulans*. Proc. Cold Spring Harbor Symp., 23, 141, 1958.
- SAGER, R., and RAMANIS, Z.: Recombination of Non-chromosomal Genes in *Clamydomonas*. P. N. A. S., 53, 1053, 1965.
- SLONIMSKY, P.: Action de l'acriflavine sur les levures. IV. Mode d'utilisation du glucose par les mutants "petite colonie". Ann. de l'Institut Pasteur, 76, 510-530, 1949.
- SLONIMSKY, P., and EPHRUSSI, B.: Action de l'acriflavine sur les levures. V. Le système des cytochromes des mutants "petite colonie". Ann. de l'Institut Pasteur, 77: 47-63, 1949.
- SONNEBORN, T. M.: Gene and Cytoplasm I and II. Proc. Nat. Acad. Sci. U. S., 29, 329, 1943.
- TAULITZKI, J.: Action de l'acriflavones sur les levures III. Ann. Inst. Pasteur, 76, 497, 1949.
- WILKIE, D.: The Cytoplasm in Heredity. Methuen & Co., London, 1964.

O R E S T E S

Pieza teatral en un acto; cuatro cuadros y un prólogo

El hogar de Orestes, en algún sitio de Grecia: una cama, dos sillas, un pequeño escabel. La decoración es sencilla y los elementos griegos apenas si están insinuados de una manera moderna.

Las Erinnas, al levantarse el telón, ocupan el centro de la escena. Visten de negro. Tienen cara y manos cubiertas de maquillaje blanco. La escena está en la penumbra. Al terminar el prólogo de las Erinnas, entra la batería. Un timbal marca el ritmo, sincopado, que debe acelerarse o hacerse apenas perceptible de acuerdo con los diálogos de los personajes. La música suena durante toda la obra, aun durante los oscuros que han de dividir los cuadros. En el tercer cuadro, apenas es perceptible, y en el segundo es insistente y casi angustiada, subrayando siempre los diálogos de Orestes, creando silencios.

Mayrá viste hasta la tercera escena túnica blanca. En la cuarta, gris. Orestes viste de oscuro durante toda la obra. Helena lleva una túnica de color. El vestuario, como la decoración, tiene los elementos griegos estilizados.

No es de día o de noche.



PROLOGO

Erinna 1: ¡Orestes!

Erinna 2 (Como un eco): Orestes...

Erinna 3: Cercano está el hogar, apresura tu paso.

Erinna 1: Apresúrate Orestes...

Erinnas 2 y 3: Pero no te fatigues.

Erinna 1: Lejos queda la tumba de Clitemnestra...

Erinna 2: Yace al lado de Ágamenón, el marido sacrificado por su brazo.

Coro de las Erinna: Su cuerpo reposa bajo la tierra, oscuro y desdoblado, y en lugar del corazón una punta de hierro cuelga enmohecida entre los huesos.

Erinna 3: Apresúrate Orestes...

Erinna 2: Pero no te fatigues...

Coro de las Erinna: ¡Oh huérfano por tu propia mano!

CUADRO I

Mayrá teje, sentada en el escabel. Entra despacio-samente Orestes. Al verlo, Mayrá sale a su encuentro.

Mayrá: ... ¡Has venido!

Orestes: Sí... (*Pausas largas*).

Mayrá: ¿Cuándo llegaste?

Orestes: Esta mañana.

Mayrá: Orestes..

Orestes: ¿Sí?

Mayrá: Te esperaba. Sabía que vendrías. Esta mañana lo sentí en mi corazón. Fue como si de pronto alguien hubiera tocado una caracola en mi pecho. ¿Lo oyes, Orestes? ¡Una caracola! Supe que eras tú; que era tu regreso. ¿No es hermoso?

Orestes: Sí...

Mayrá: Fue igual que la primera vez: tu corazón llamando al mío; el ruido de la sangre. ¡La sangre, Orestes! Que incendia la piel como si fuera paja de trigo.

Orestes: Trigo...

Mayrá: Y después llegó el silencio; me sentía latir por dentro; sentía caminar mil hombres descalzos a mi oído. Pensé: hoy llegará Orestes (*Pausa. Orestes parece ausente*). Hace tiempo esperaba tranquila, que hoy llegara. Me decía: mañana. Así pasaron los meses. Miraba hacia lo lejos. Y cuando sonaba el casco de los caballos con sordo repique en el camino, o si una vela desplegada rompía lo azul del mar a lo lejos, sentía como si de pronto un ejército de hormigas me trepara de los pies a la cabeza. Me cosquilleaban muslos, vientre y pecho. ¡Era la sangre, Orestes, la sangre que te sentía llegar!

Orestes: ¡La sangre!

Mayrá: Una noche brilló un fanal entre los olivos. Las mujeres dijeron: ha llegado. Gritaron tu nombre. Enlazaron con sus voces tu nombre con el mío. Pero hubieran podido mostrarme tu rostro y les hubiera dicho: ese no es Orestes. Sentía los dedos fríos como la escarcha y como escarcha también labios y mejillas. Me vistieron. Decían: corre, te espera. Mis pies iban despacio y el pecho reposaba tranquilo. Hoy, en cambio, lo sentí aletear contra su cárcel de costillas.

Orestes: ¿Aleteaba, dices?

Mayrá: Como un pájaro posado por dentro, como una golondrina ciega entre los árboles... ¿No te golpea así la piel? (*Avanza*). ¡Déjame tocar tu corazón! (*Orestes retrocede*). ¡No retrocedas! ¿No lo sientes latir aquí y allá, multiplicándose como luz entre abetos?

Orestes: ¿Luz?

Mayrá: ¡Luz! No hay noche, Orestes; se muere para siempre. Vives un día eterno.

Orestes: Eterno... ¡Oh, es demasiado! No me gusta. Los días deben ser cortos. Vienen como las cuentas en los collares, pero uno se cansa de caminar. No quiero días eternos. En la noche, puedes huir, esconderte. En el día el vuelo de un halcón te delata; la huella de un pie en la arena les enseña tu camino. Día, no. Noche; siempre noche (*Pausa*). ¿Noche? Pero allí también sueñas, recuerdas. El sueño nos obliga a pensar. ¡Da miedo!

Mayrá: No te entiendo... Hablas como otro... Yo hablaba de amor, tú... ¡Orestes, mírame! ¡Contéstame! ¡Me asustas!

Orestes: No hay cómo escapar, Mayrá. Es una enfermedad esta de vivir; algunos tienen males alegres, otros... Mayrá, se van muriendo poco a poco y el cuerpo se les queda solo en la tierra... ¡El pellejo!

Mayrá: ¿Por qué has venido?

Orestes: ¿Crees que tú o yo podemos responder una pregunta como esa? ¿Por qué a la tarde sigue el ocaso y por qué tras la marea alta viene la baja? He venido. Aquí estoy. Eso es lo que sé. ¡Pero no me hagas pensar, que entonces me miro las manos y comprendo que debo seguir caminando! (Pausa). Tiéndete al lado mío.

Mayrá: Estás frío, Orestes. Tiemblas. ¡Abrázame!

Orestes: No puedo...

Mayrá: Ven, estréchame (Pausa. Orestes, tímidamente, la enlaza con sus brazos). ¡Orestes, tus manos! ¿Qué hiciste con ellas? Son duras y blandas a la vez; de labrador y de vieja. ¿Qué pasó con tus manos tranquilas de hombre? Antes eran dos palomas que me iban despertando; que me conducían tranquila a tu calor. Ahora las siento semejantes a langostas; me hieren. Orestes. ¿qué hiciste de tus manos? (Orestes se levanta, retrocede. Alza los brazos).

Orestes: ¡Míralas; mira la piel, los huesos, las uñas; mira las arrugas por donde se inclinan los dedos! ¿Han cambiado? ¿No tienen así las manos todos los hombres? (Las manos principian a temblarle). ¿No se mueven así? ¿Qué tienen mis manos?

Mayrá: Han cambiado.

Orestes: ¡Míralas pegadas a los brazos; aún tienen cinco dedos y el vello que nace donde termina la muñeca!

Mayrá: Han cambiado...

Orestes: ¿Por qué? ¿Qué tienen mis manos? ¿Qué tienen las manos de Orestes?

Mayrá: De pronto sentí como si la muerte me tocara. Un choque sordo con su frente de hueso... Antes, tenías las manos con raíces que se anudaban a un árbol de sangre. Ahora, Orestes... ¡Son como sapos! Tus manos no son tus manos. (Orestes inclina la cabeza, deja caer los brazos).

Orestes: Mayrá...

Mayrá: ¡Orestes! ¿Caes? ¿Ya no te apoyas en la espesura del aire? ¡Tu gesto, Orestes! ¿No desafiabas antes a las fuerzas reunidas? Tu cuerpo era el nudo más fuerte de un árbol y ahora tienes actitud de pájaro. ¿Estás enfermo, Orestes? ¡Contesta!

Orestes: Enfermo... Todos estamos enfermos. Todos tenemos la plaga. (Orestes yergue el cuerpo. Trata de recobrarle. Pausa). ¿Mi gesto, Mayrá? ¿No es el mismo? Míralo bien.

Mayrá: No, no es el mismo.

Orestes (Pierde nuevamente la apostura. Se derrumba): No, no es el mismo; ni mis manos son mis manos. Sirvieron antes para llevar el escudo. Eran manos limpias aun en tiempo de guerra. Olían a barro y madera de arado en la paz. Y te esperaban en la tarde cansadas pero vivas... Eso era antes... después de aquello, ya no son mis manos. ¿Cómo podrían seguirlo siendo?

Mayrá: ¿Después de qué? ¡Responde!

Orestes: No me obligues a recordar. Era necesario hacerlo y lo hice. Pero... abrázame; dime al oído tus palabras; cuéntame de qué manera me esperabas; repítelo. Hazme sentir que aún estoy vivo... ¿Pedías el día? El día, sí. ¡Dime que es hermoso vivir y necesario! Háblame de tus tardes; de esa larga espera en que te abrías como una flor para esperar a Orestes que llegaría anunciándose con gritos. Tú hablas y la vida comienza a fluir, primero lenta y luego apresuradamente. Ayúdame, que la enfermedad me llega a los huesos.

Mayrá: ¿Qué hiciste de tu vida, Orestes? ¿Por qué dejaste que se tronchara? Antes no necesitabas ayuda para crecer por el mundo. Tenías una voz simple, que servía para darle nombre a las cosas. Yo navegaba en ella y me sentía tranquila. Y tenías otra voz adusta y enérgica. Gritabas a los bueves; alzaban las cornamentas y obedecían. Aquella voz se escuchaba de lejos. Era firme, no dura; cálida, no furiosa; fuerte, no brutal. Ahora... tiene sonido de perro que se lame los golpes.

Orestes: No, no es cierto. Mírame otra vez. Mira cómo Orestes se alza ante ti. Oveme gritar a la vunta. ¿Ves como no ha cambiado? Estaba triste. Mayrá, estaba triste. Es malo recordar. Es malo detenerse en el pasado. Mira: mis manos son nuevamente mis manos. ¡Siéntelas! ¡Son las manos de Orestes! (Acaricia con las dos manos el óvalo, y luego todo el rostro de Mayrá. De pronto retrocede). Pero tu rostro... tu rostro, ¡es hueso! ¡Mayrá, hueso! (Cae de rodillas).

Mayrá: Orestes: ¿qué has hecho de tu vida? (Lo reclina en su regazo). Duerme. Duerme. Yo espantaré esta pesadilla de tu rostro. Duerme. ¡Dejé a un hombre y me han devuelto un niño! (Desesperada). ¡Orestes!

Orestes (Por lo bajo): Hueso... hueso.

CUADRO II

Tendido en la uacija. Orestes hace pajarillas de papel. En el suelo, al lado de la cama, ordenado, un zoológico de papel.

Orestes: Una más. (La termina y la eleva sobre la cabeza). Dos alas de papel para moverse en el mundo. Tanto como tenemos to-

dos. (*La pone en el suelo y toma otra hoja. La plega a medida que habla*). Un dobléz a la derecha, otro a la izquierda... Orestes conoce como nadie el misterio de hacer figuras como estas... Es maravilloso... Todo en el mundo se hace con las manos: se guerrea, se modela en el barro, se hacen pajarillas de papel, se acaricia, se asesina... (*Estruja con furia el papel*). ¡Se asesina!... Oh, no, Orestes: debes pensar en otra cosa... ¿Dónde pondría Mayrá el papel? Se acabaron las hojas... Y no se puede deshacer lo hecho. Las cosas se hacen y deben quedar tal cual fueron. Eso es lo malo. (*Se reclina y cierra los ojos. Entran las Erinnas*).

Erinna 1: ¡Despierta!

Erinna 2: ¡Orestes!

Erinna 3: ¡Despierta!

Orestes (*Abre los ojos, se yergue. Mira a las Erinnas y se deja caer nuevamente*): ¿Vosotras? ¿Aquí? ¿Jamás daréis fin a esta persecución? Dos años hace que estáis tras de mí, ¿por qué? Ya he pagado mi culpa. Era mi deber... ¿No entenderéis nunca que tenía que hacerlo?

Erinna 1: ¿Has recobrado tu tranquilidad? ¿Olvidas? ¿Aprendes nuevas palabras? Hablas de deber y obligación. ¿No te acosan los recuerdos? Los recuerdos, Orestes. ¡Piensa! ¡Piensa! Nosotras te ayudaremos.

Orestes: Estoy tranquilo. Antes oír vuestra voz era como sentir un río de fuego inundándome el pecho. Hoy no. Tus palabras me resbalan, como la lluvia sobre las hojas. No penetran. ¿Lo oís? ¡No penetran! (*Se sienta sobre la cama*).

Erinna 2: Hablas como ella, ¿Te ha prestado sus palabras? Te regaló su tranquilidad. ¿Y tú, Orestes, has sido para ella la dicha? Vela por tu corazón, pero el suyo se va agostando; se quiebra. Le has dado tu miedo. Eres débil, Orestes, idébil!

Orestes: ¡Mentira!

Erinna 3: Ella ya no canta. La has hecho triste. Vas a matarla, Orestes. Es para ti la segunda Clitemnestra. No usas puñal, pero le cortas la vida.

Orestes: ¡Calla!

Erinna 1: Ya no recuerdas el rostro de tu madre: su cara se hizo de piedra...

Erinna 2: ... Y el puñal se hundía como un aguijón en tu sangre...

Erinna 3: Ella era tu sangre, aunque latiera en otro cuerpo.

Orestes: ¡Callad!

Erinna 1: Mírate las manos, Orestes; están rojas.

Erinna 2: ¡Rojas!

Orestes: Rojas... ¡pero tenía que hacerlo! Las tuyas habían detenido el corazón de mi padre.

Erinna 1: ¿Quién te dio el derecho para hacerlo?

Erinna 2: Olvidas, Orestes, cómo se enfriaron sus brazos...

Erinna 3: ... Se hicieron duros en los hombros, primero, porque la muerte se extendía de sus senos hacia fuera, y luego, el frío caminó hasta las manos, que te soltaron la túnica.

Erinna 1: ¿Lo recuerdas? Dirás que fue un hermoso espectáculo.

Orestes: No dijo nada; se le quebró el blanco de los ojos, allá dentro. Era un pozo de nubes que se clausuró lentamente... No se quejó; se fue quedando como dormida. ¡Tenía que hacerlo!

Erinna 3: ¿Tenías que hacerlo?

Erinna 2: ¿Tenías que hacerlo?

Erinna 1: Sueña, Orestes, sueña. (*Las tres Erinnas ríen*).

Orestes: ¿Dónde estás, Mayrá? ¡Mayrá!

Coro de las Erinnas: ¡Mayrá! (*Ríen*). ¡Mayrá!

Orestes: La hoja era larga y afilada y la llevaba con fuerza, porque mi mano sabía arar la tierra y clavar la jabalina... Era una mano limpia... y tenía suavidad de gaviota para acariciar, y la vigor, porque doblaban en fuerza la mano de tres hombres, y la vida... ¡pero tenía que hacerlo o se hubiera mustiado por inútil!... era una mano de vida que los dioses habían destinado a la muerte... la muerte...

Erinna 1: Recuerda, Orestes; nosotras venimos para ayudarte.

Erinna 2: No lo olvides, Orestes. recuerda. ¡Fue tan hermoso!

Orestes: ¡Fue horrible! (*Las tres Erinnas ríen*).

Erinna 3: ¡Hermoso!

Erinna 1: Digno de ti, Orestes.

Orestes: Tenía que hacerlo... ¡dejadme. ¡salid! Regresad al infierno, ¡malditas cien veces por los dioses! ¿Qué hacer de mí? (*Las Erinnas ríen*). Dejadme con mi vida. Ella no era mi madre; no podía serlo. Yo no pude nacer entre aquellas entrañas de piedra... Soy capaz de amar, y mis manos eran antes generosas;

reía, pensaba, mirando hacia el mar, que vivir era una hermosa manera de honrar a los dioses... No era mi madre; maté a la mujer que había asesinado a su marido.

Coro de las Erinnas: Y sin embargo era tu madre.

Orestes: Todo era hermoso... antes de la enfermedad... cuando no había sido necesario pensar, y vivir era tan solo tener una mujer que esperara acallar mi cansancio con sus brazos... Me duele llevar el cuerpo...

Coro de las Erinnas: Recuerda, Orestes: el cuerpo.

Orestes: ... y tenerlo, ¡oh!... tenerlo... ¡salid! ¡salid! ¡O quedaos entonces! (*Orestes huye*).

Coro de las Erinnas: Corre, huye, Orestes... Pronto te alcanzaremos.

CUADRO III

Mayrá: Orestes (*entrando*). Orestes... ¿dónde estás? (*las Erinnas rien*). Salió. (*Se acerca al escabel y toca los cobertores*). ¿Has dormido? Pobre niño mío... Lloraste. ¿Por qué? (*Camina por el cuarto*). Esta habitación llena de sueños; de sueños suyos... Si por lo menos fuera posible alejar un día a esos fantasmas; recobrar a Orestes un día... (*Llamando*). ¡Isimeneh! (*Entra Isimeneh y salen las Erinnas*).

Isimeneh: ¿Señora?

Mayrá: ¿Has visto a Orestes?

Isimeneh: Corría.

Mayrá: ¿Corría?

Isimeneh: Era un gamo, señora; un bulto blanco entre la luz. Corría. Soñaba, señora. Un hombre que vigila no puede mover sus piernas tan aprisa. Y también daba voces, señora. La llamaba. Decía: ¡Mayrá! Aún gritaba su nombre cuando el viento le borró la voz. Orestes está loco.

Mayrá: No. El es así. Tal vez corría porque está contento. Y me llamaba para contármelo. ¿Ves, Isimeneh, cómo todo tiene su explicación? Está contento y quiere ver el sol; extenderse desnudo en la playa para sentir lo tibio del aire; subir a los viñedos para mirar cómo las abejas se rompen los dientes contra el pellejo duro de la uva. Corría para sentir los músculos saltarle debajo de la piel; para que su pecho se hinchara con el aire salado del mar. ¡Sois crueles! Le decís loco porque vive feliz. ¿O es que creéis que ningún hombre puede serlo?

Isimeneh: Orestes no es el mismo de antes.

Mayrá: ¿Es que no pueden cambiar los hombres? Mira cómo te vas haciendo viejo. Cambias. Todos igual; los niños se hacen hombres. Un día les nace pelusa negra sobre los labios y se van a la guerra. No somos nunca los mismos de antes, Isimeneh.

Isimeneh: Sí, pero Orestes ha cambiado más. Habla solo. Antes de correr, gritaba. Su voz salía por esta puerta. Yo lo oí.

Mayrá: ¿Qué decía?

Isimeneh: Nada: gritaba.

Mayrá: Está bien... Búscalo, tráelo. Encuéntrame a Orestes. (*Isimeneh sale, Mayrá queda mirando hacia la puerta. En tono muy bajo*). Encuéntrame a Orestes; al que sabía vivir y regalaba vida; al que tenía un pecho duro para su corazón grande; al que sabía cultivar la tierra y cubrir a las mujeres con la misma sabiduría de Titán amoroso... (*Inclinada recoge las pajarillas que Orestes dispersó en su carrera. Entra Helena. Mayrá continúa recogiendo las pajarillas. No se vuelve hacia la visitante*).

Helena: ¿Qué haces, Mayrá? ¿Dónde está Orestes?

Mayrá: Trabaja en el campo.

Helena: ¿Ha resuelto tomar nuevamente el arado? Está bien. Los hombres han de trabajar la tierra. Su sitio no es la casa. En la casa, las mujeres; que hilen o cocinen. Pero los hombres... ¡bajo el sol! Allí está su puesto. (*Pausa larga*). ¿Mayrá?

Mayrá: ¿Sí?

Helena: Vuélvete... ¿Lloras?... ¿Por qué?

Mayrá: No... es la arena. Esta mañana un golpe de viento me llenó de tierra los ojos... (*apresurada*). ¿No has sentido jamás la arentre entre los ojos? Es como tener mil pequeñas espinitas. Basta el menor parpadeo para que principien a caminar por dentro. (*Se vuelve*).

Helena: No es la arena. Entonces solo lagrimean los ojos. Tú lloras con el cuerpo. (*Pausa larga*). Es por Orestes. No es necesario que me respondas. Te conozco.

Mayrá: ¡No! Soy feliz. Es el mejor esposo del mundo. ¡Me quiere! Trabaja. Ahora trabaja. Estaba cansado, eso era todo. Pero ha vuelto al campo, a cuidar de las viñas y a vigilar el ganado.

Helena: No, no es cierto.

Mayrá: Sí, Helena, ¡es cierto!

Helena: No puedes mentirme... La tristeza te sube a la voz. Antes tenías al hablar un trino en donde se enredaban las palabras. Eras feliz y alegre. Desde su regreso, Mayrá, ya ni siquiera sonrías. Orestes ha sido una nube para ti. ¿Me escuchas?

Mayrá: Sí, pero nada de lo que dices es cierto.

Helena: Déjalo, ¡abandónalo! Regresa al casal de las mujeres; vive como viuda, porque estás casada con un muerto. Pero no te dejes morir tú. ¡Vive, recobra tu vida!

Mayrá: Es mi marido. Orestes es mi marido. Y yo lo llevo por el mundo. Es como un ciego, y yo soy su lazarillo. Quiero darle mi vida, así como él me dio la suya. (*Ensoñadora*). Antes de conocerle estaba como dormida. Un día me despertaron sus brazos. Me enseñaron con su cariñosa fuerza los rincones del mundo. Yo lo había visto desde la ventana de mi cuarto. Pensaba que era tan solo el mar, las nubes, un trigal que madura bajo el sol...

Helena: Eso es pasado, mira hacia tus pies.

Mayrá (Sin oírlo):... El me mostró que tras del mar, había otras tierras, y mirando sus dedos aprendí el perfil de las cosas. Supe que los árboles en primavera, olían al amor de hombre y que sobre mi cabeza las estrellas eran también mundo. Reía por eso. Era feliz por eso; estaba acompañada. ¡No puedo dejarlo solo!

Helena: Estás sola. El no vive para ti. Habla, pero sus palabras no dicen lo que piensa.

Mayrá: Antes solía decirme: tienes oídos de menta. Yo le miraba los suyos y eran de mar. La menta crece en tierra. Agua y barro estaban unidos. Yo los he separado. He sido incapaz de mirar con sus ojos de mar. ¡Es culpa mía!

Helena: No. Es él quien no mira hacia la tierra. No te ve. Eres vida. Mayrá, y Orestes solo piensa en la muerte.

Mayrá: Yo lo quiero, Helena. Golpeo a diario su corazón para que me deje conocer la enfermedad. Es inútil: está cerrado.

Helena: ¡Déjalo! Regresa al gineceo...

Mayrá: Le digo: Orestes, antes conocía tu alegría, muéstrame ahora tu tristeza. Bate la cabeza en redondo y responde: Todo es igual y da lo mismo ser triste o alegre. Lo que sucede es que no hay motivos. Hay que buscarlos. Hay que justificar risa o llanto. Buscar, Mayrá; buscar; siempre buscar.

Helena: No entiendo.

Mayrá: Yo al principio tampoco. Ahora sé lo que dice. Por eso me duele cada palabra suya...

Helena: Antes te envidiaba Orestes. No era como los otros hombres, que con su miraba no llegan más allá de la piel; que tienen manos egoístas y son sordos. Riñones y brazos para placer. Ahora, que así son mejores. Que es mejor ser pobre que beneficiado en el reparto divino. Orestes paga el precio de su perfección.

Mayrá: ... De su perfección.

Helena: Regresa al casal. Teje y olvida. Deja que tus dedos te tornen callosos, que tu cuerpo se vaya secando. Vete a morir, si quieres, pero busca una muerte diferente a esta a la que te precipitas viviendo con Orestes. No es una muerte para nosotras... es demasiado larga y cerrarás los ojos con dolor. No te quiebres como los árboles de las dríadas, con las raíces podridas. ¡Déjate caer de un solo golpe!

Mayrá: ¡Vete! Vete, Helena, que si me haces pensar, no podré acompañar a Orestes. Hay gusanos que perforan con su paciencia la más dura madera de los barcos. Quiero ser parásito lapado a su desesperación. Me iré adentrando en él poco a poco: a fuerza de amor. Ya comprendo el sentido de sus palabras. Ya sé por qué dice que vivir es una enfermedad de la que no nos libra la muerte. ¡Mi enfermedad será la de Orestes! Es preferible esto a consumirse con una plaga propia.

Helena: Estás perdida.

Mayrá: ¿Y qué importa?

Helena: ¡También estás muerta!

Mayrá: ¿Y qué importa? (*Sale Helena*). ¿Y qué importa? ¿Qué importa? ¡Orestes! ¿Dónde estás? Orestes; he triunfado. ¡Ya tengo los motivos! ¡Ya tengo los motivos!

CUADRO IV

Entra Orestes. Viene sucio. Los cabellos le caen por la cara. Su traje está mojado. Al entrar se sostiene con los brazos en la cruz del vano de la puerta. Tras él, entra Isimeneh.

Mayrá: ¿Dónde estabas, Orestes?

Orestes: Miraba el mar.

Isimeneh: Estaba en la cueva, señora.

Orestes: Miraba el mar; es azul, Mayrá, y está lleno de peces. Los peces se devoran los unos a los otros; las madres se comen a los hijos, los hijos batallan entre la arena con los padres y gana el más fuerte. El mar es hermoso, Mayrá. Los peces viven tranquilos. No hay ley alguna. ¡Los peces no piensan!

Mayrá: Vete, Isimeneh. (*Isimeneh sale*).

Orestes: He hundido mi cabeza bajo las olas pero no puede respirar. No puedo ser pez. Acompáñame, Mayrá; quizá tú sepas cómo sin tener escamas puede uno bajar hasta donde los corales son negros. ¡Donde se puede reposar!

Mayrá: ¡Orestes!

Orestes: Sería hermoso. Tú lo sabes. Tú sabes ser pez, por eso puedes reír. Déjame serlo a mí también... ¡Enséñamelo!, Mayrá...

Mayrá: Orestes, despierta. Mírame como lo hacías antes; hazme saber que algo tuyo cuelga todavía de ese corazón amplio que antes sonaba a campana. Olvida, Orestes. No se puede vivir de espaldas. Abre los ojos, o dame un sitio en donde pueda reposar contigo. Sería capaz de matar a... ¡quien fuera!, para vivir en tu compañía este suplicio. Abrázame, dame un poco de tu dolor, ¡pero no me dejes sola!

Orestes: ¿Quién era Clitemnestra? ¿No era su ferocidad comparable a la de un tiburón? Traicionó y luego dio muerte a su marido. ¿No es deber de los hombres aniquilar a las fieras? ¿Y si ella lo era, por qué al matarla yo cometo un delito? ¡Respóndeme! (*Las Erinnas entran riendo*).

Erinna 1: No te podrá contestar, Orestes.

Erinna 2: La sangre, Orestes, la sangre.

Erinna 3: El grito, Orestes, el grito.

Coro de las Erinnas: Recuerda, recuerda, recuerda.

Mayrá: Es deber de los hombres aniquilar a las fieras. Cumpliste con tu deber.

Orestes: Sí, cumplí con mi deber.

Mayrá: Tenías derecho para hacerlo. Aunque hubiese sido un crimen injusto para otros, era indispensable para ti. Habías decidido y darle la espalda era faltar contra tu corazón. Esa hubiera sido la verdadera cobardía.

Coro de las Erinnas: La cobardía, Orestes; fue por la espalda.

Orestes: ¡Callad!

Mayrá: Abrí los brazos, Orestes, cuando llegaste. Eras hombre, aunque temblaras por dentro. Me pediste que te diera vida; que prestándote calor te recordara que es hermoso vivir, y necesario. Aunque te dolieran los huesos; aunque sintiera amargo el peso inerte de tus brazos, te sumaba a mí. Solos, éramos la parte del otro que duele; reunidos, un cuerpo que luchaba. Cada día era una nueva esperanza de olvido, o de firmeza, que se moría con la tarde.

Coro de las Erinnas: La sangre le brotó a borbotones.

Erinna 1: Se extendió como una mano roja sobre el tapete.

Erinna 2: La flor roja de tu propia sangre...

Erinna 3: ... Y en medio de ella, dándole vida, Clitemnestra.

Erinna 1: Clitemnestra alimentando la muerte con su sangre.

Erinna 2: Como antes con su sangre había alimentado a Orestes.

Mayrá: Eras hombre, Orestes: habías levantado el puñal porque lo creías necesario. Los hombres no lloran mirando el pasado.

Erinna 1: ¡Recuerda!

Erinnas 2 y 3: Recuerda, recuerda, recuerda.

Orestes: ¡Callad!

Mayrá: ¡No! Te has hecho débil. No te puedes mirar por dentro. Ya llevas la enfermedad para siempre. ¡No hay salvación posible!

Orestes: Los peces se devoran unos a otros. Las madres a los hijos; los hijos a los padres y no hay delito.

Mayrá: Te esperé porque eras como un toro. Cuidaba mi celo para ti, Orestes, porque quería hijos fuertes. Esperaba verlos alzar no como espigas, sino como árboles; los quería con raíces; pies firmes sobre la tierra para que pudieran soportar sin doblarse, la cabeza erguida, el más duro temporal. Por las tardes, sentía llamear tu fuego y una luz extraña parecía nacerme debajo de la piel; las mujeres decían: Brilla porque tiene a Orestes. Ahora, mírame; mírame: estoy oscura.

Orestes: El mar, el mar...

Coro de las Erinnas: El mar, el mar, el mar.

Orestes: Los peces...

Mayrá: He mendigado tu enfermedad, pero la tuya es una plaga egoísta. No puedo ser más que el miembro sano en el cuerpo

del leproso. Y aún así, Orestes, vivir es hermoso y magnífico; aún así; ¡aunque duela!

Orestes: El mar, los peces...

Mayrá: Sí, el mar; sus nidos de barro en donde puede esconderse el cuerpo; una cámara oliva, donde todo es oscuro; donde no hay viento, ni huele en agosto el aire a poleo... Pero allí da lo mismo luchar que pasar de largo; todo es indiferente. Vamos, Orestes, yo sé respirar en la tierra; me gusta morder la carne de las manzanas; me gusta mirarle la cara al sol y sentir las espigas cosidas a mi espalda. Pero tal vez aprenda a respirar bajo el agua; quizá puedas enseñármelo tú; quizá yo sepa hacerlo ya. ¡Vamos, Orestes, al mar! ¡Vamos a los corales negros! ¡Quizá juntos aprendamos a ser peces!

Orestes: El mar... *(Mayrá lo toma del brazo y lo obliga a correr con ella. Salen).*

Coro de las Erinns: El mar, Orestes, el mar, el mar.

(Las Erinns van retrocediendo lentamente, siempre repitiendo mar... mar... en voz cada vez más baja, hasta que el murmullo semeja un lejano golpe de ola).

ANTONIO RODA

BARCELONA, TRECE DE OCTUBRE

En la habitación ha empezado a sonar el teléfono. Cinco muchachos levantan la cabeza y escuchan. La puerta de un mueble se abre y cierra a golpes. Encima del mueble hay un gran tapiz y en él se puede distinguir un niño vestido de marinero que mira elevarse un globo. Sobre el mueble todavía está intacto un florero de porcelana, en forma de mano, que contiene un ramo de flores de tela. El teléfono sigue sonando. Los muchachos han bajado la cabeza y prosiguen su trabajo. El teléfono cesa de sonar. Un muchacho de suéter gris vuelve a levantar la cabeza y mira el niño que mira elevarse el globo en una tarde de verano. Hay un olor penetrante de mandarina.

—¿Quiere una? —me dijo Enrique.

—No, tengo las manos muy sucias.

El globo se eleva hasta ser un punto oscuro en el cielo iluminado. El niño ha dejado de observar el globo y entra al comedor. Ha abierto el libro de gramática bajo la lámpara. Son las nueve de la noche. Las sirenas anuncian la presencia de aviones cerca de la ciudad. El niño cierra la gramática y levanta los ojos. El techo se abre por la mitad.

—¿Quieres una mandarina?

Alguien ha compuesto un número en su teléfono. En una habitación de un tercer piso suena un timbre y cinco muchachos levantan la cabeza. La bomba abre el techo por su exacta mitad y sigue su camino. No ha quedado más que el mueble con el florero y encima el tapiz en el que un niño de marinero mira hacia arriba.